

COMMYNES – MAQUIAVELO: De las cualidades del príncipe.

Rosa Luisa Rubio de Hernández

A mi padre, Luis Rubio Arellano

En 1511, (1) dos años antes de que Maquiavelo escribiera "El Príncipe" (1513), moría Felipe de Comynnes, Consejero de Carlos el Temerario primero y más tarde de Luis XI, el más poderoso rival del duque de Borgoña (2). La experiencia político-diplomática del señor de Comynnes, producto de su relación con estos dos grandes príncipes, ha quedado magníficamente registrada en sus "Memorias" (3), publicadas recién en 1524.

281

A través de las reflexiones agudas de este notable político la personalidad y la obra de un inteligente monarca se destacan: Luis XI y sus esfuerzos por crear el Estado Moderno Francés. Por oposición la figura de Carlos el Temerario, sus desaciertos, sus errores tácticos, sólo sirven para destacar aún más las cualidades del citado rey.

Luis XI, dice Comynnes, parecía hecho más para dominar un mundo que un reino. (Comynnes, p. 16), César Borgia, piensa Maquiavelo, es el más perfecto ejemplo de un gobernante, (yo no sabría dar)... mejores preceptos a un príncipe nuevo que la imitación de sus actos" (Maquiavelo, p. 349). (4)

Es evidente pues que estos autores personifican en el rey Luis XI y en César Borgia, al gobernante modelo. Podríamos preguntarnos ¿cuál fue la obra o cuáles fueron las cualidades que distinguieron al monarca francés y al duque de Valentino, haciéndolos mere-

cedores de tan alta opinión de parte de estos dos ilustres teóricos de la Política?

Luis XI, sabemos, sucede en el gobierno de Francia a Carlos VII, de quien hereda un territorio fuertemente dividido. En el año 1492 a su muerte, el rey no sólo no había perdido ninguno de los territorios que dejó su antecesor sino que incorporaba al reino de Francia el ducado de Borgoña, los condados de Maine, de Anjou, Provenza y las regiones de Picardía y del Franco-Condado.

César Borgia, duque de Valentino, con la ayuda de su padre el Papa Alejandro VI conquistó con rapidez y audacia la Romaña. Es de todos conocido que con igual rapidez la perdió a la muerte de su padre.

Examinando pues la obra de estos dos príncipes, encontramos justificada la admiración de Commynes por Luis XI; desconcertante sin embargo, el gran entusiasmo que Maquiavelo muestra por César Borgia.

282

Un análisis más cuidadoso nos revelaría empero que tanto el entusiasmo del "italiano" como el del "francés" (5) están motivados en mayor grado por la personalidad de los gobernantes que por el resultado de sus acciones. Así, para Commynes la victoria o la derrota son hechos que Dios permite; para Maquiavelo, el resultado de las circunstancias, de la fortuna. El arte de gobernar, en cambio, es don que poseen sólo aquellos señalados con determinadas cualidades.

El estudio de las personalidades de Luis XI y de César Borgia, a través de las "Memorias" de Commynes y de "El Príncipe" de Maquiavelo, creemos que revela más de una conclusión de indudable interés.

La primera referencia que hace Commynes sobre Luis XI es digna de toda nuestra atención: "Entre todos los hombres que he conocido, el más hábil para salir de un mal paso en tiempo de adversidad, era el rey

Luis once, nuestro maestro - el más humilde en palabras y costumbres - el que mejor trabajaba para ganarse a un hombre que pudiera servirlo o perjudicarlo. No le molestaba en absoluto ser rechazado la primera vez por aquél al que pretendía ganarse, sino que por el contrario continuaba prometiéndole con largueza y dándole dinero en efectivo y ofreciéndole además el cargo que sabía que éste ambicionaba. Y a aquellos que había rechazado y alejado en tiempos de paz y prosperidad, los compraba muy caro apenas los consideraba necesarios. Y los tomaba a su servicio sin guardarles ningún rencor por lo pasado." (Commynes, p. 14).

El rey, nos enteramos es el más "hábil" (6) de los hombres que ha tratado Felipe de Commynes, y esto no es decir poco, dada la experiencia que tiene el Consejero Real (Yo)... "que he estado diez y ocho años al servicio de príncipes en calidad de Consejero y como tal he tenido acceso a los más importantes y secretos asuntos del reino de Francia y Señoríos vecinos.") (Commynes p. 163). Su comportamiento es pues notable a juicio de personas entendidas. ¿Cuáles son las notas saltantes de esta conducta? Tenemos en primer término *la falta de ostentación* ("el más humilde en palabras y costumbres"), luego *la habilidad para tratar a los hombres*: es decir para conseguir adeptos o para neutralizar posibles enemigos ("el que mejor trabajaba para ganarse a un hombre que pudiera servirlo o perjudicarlo"). Estas dos características nos parecen las más importantes de todo el texto. Aclaremos: *la falta de ostentación*, poco común en un personaje tan ilustre, predispone favorablemente el ánimo hacia él. Así, Luis XI por la sencillez de su lenguaje y sus costumbres, producía en su interlocutor la impresión de ser más *accesible*. Y esta impresión vista tanto desde el ángulo del rey, como del interlocutor era siempre *positiva*. Desde la óptica del rey, tiene la ventaja inicial del desconcierto del interlocutor ante una conducta que no es usual en la autoridad. El interlocutor por otro

lado, adquiere la sensación de que el rey será más fácil de tratar - o de engañar - de lo que él había supuesto. En todo caso, la relación autoridad-subordinado ha sido mejorada gracias a este atinado comportamiento del rey.

En cuanto a la *habilidad para tratar a los hombres*, si bien está parcialmente incluida en el análisis de la anterior característica, tiene otras notas peculiares que Commynes nos detalla cuidadosamente. ¿En qué consiste pues esta habilidad para hacerse de colaboradores y anular posibles enemigos? Varios son los procedimientos que emplea Luis XI para lograr este objetivo. El rey hace gala de *generosidad* ("aquél al que pretendía ganarse...continuaba prometiéndole con largueza y dándole dinero en efectivo y ofreciéndole además el cargo que sabía que éste ambicionaba"), de *falta de susceptibilidad* ("No le molestaba en absoluto ser rechazado la primera vez por aquél al que pretendía ganarse") y de *ausencia de rencor* ("Y a aquéllos...los compraba muy caro apenas los consideraba necesarios. Y los tomaba a su servicio sin guardarles ningún rencor por lo pasado). En otras palabras, el buen gobernante distribuye con largueza dinero y cargos entre sus buenos colaboradores, cumple con sus promesas, compra los servicios de aquéllos que pueden serle útiles, y, sobre todo, comprende instintivamente que la susceptibilidad y el rencor son debilidades que un príncipe no debe permitirse.

284

La personalidad de César Borgia presenta a su vez rasgos similares a la del monarca francés: "Empezó debilitando los partidos Orsini y Colonna en Roma y atrayendo a su causa a los nobles que en ellos figuraban, dándoles dinero, honores o gobiernos, según la condición de cada uno; de suerte que a los pocos meses habían olvidado sus antiguas afecciones y eran completamente adictos al duque." (Maquiavelo, p. 317).

Maquiavelo, aunque piensa que los franceses no en-

tienden de negocios de estado (Maquiavelo, p. 310), es evidente que coincide con su colega francés en que un buen político no debe tomar las ofensas o los favores como algo personal, ni debe retroceder ante el soberano cuando lo juzga conveniente.

Muchas veces, al delinear la figura del gobernante modelo, Comynnes y Maquiavelo coincidirán en sus juicios. Otras, defenderán puntos de vista diametralmente opuestos. Sin embargo, al margen de estas afirmaciones y oposiciones, el mismo deseo de estructurar un Estado fuerte y unitario que garantizara el Bien Público, está presente en los dos. Sólo un buen gobernante, sostienen ambos, podría estar al frente de este Estado. De ahí que el estudio de las cualidades del Príncipe juegue un rol muy importante en la obra de estos dos políticos.

imperativo esencial en la formación del gobernante es *el conocimiento de la Historia*: “Y es éste me parece uno de los mejores medios para volver a un hombre atinado, es decir, haber leído las historias antiguas y aprender a conducirse prudentemente gracias a las historias y ejemplos de nuestros predecesores, ya que nuestra vida es tan breve que no basta para adquirir experiencia de tantas cosas.” (Comynnes, p. 163) (7).

285

El príncipe debe saber escoger a sus colaboradores (fieles y leales) y no dejarse impresionar por las alabanzas de los aduladores. Frente al problema de la adulación tanto Maquiavelo como Comynnes mantienen una posición de firme rechazo. Así Comynnes piensa que uno de los más grandes castigos que Dios puede enviar a un príncipe injusto es privarlo del buen criterio para elegir a sus consejeros. Privado de esta cualidad rechazará el consejo de los prudentes y se dejará llevar por las palabras engañosas de los aduladores, quienes finalmente lograrán que el pueblo le tema y lo odie: “Si él (el gobernante) quiere imponer un denario ellos (los aduladores) dicen dos. Si él amenaza a un hombre,

ellos dicen que es preciso colgarlo y lo mismo en cuestiones parecidas, pero sobre todo (le aconsejan) que se haga temer y que se muestre orgulloso y valiente..." (Commynes, p. 167). Maquiavelo, que dedica un capítulo de "El Príncipe" (8) a este tema es aún más explícito: "No prescindiré de un punto importante y de un error en el cual fácilmente incurren los príncipes, si no son prudentísimos y no tienen buena elección. Refiérome a los aduladores tan abundantes en las cortes; porque tanto complace a los hombres que les elogien y de tal modo se engañan, que difícilmente se defienden de esta peste, y si quieren defenderse corren peligro de ser despreciados." (Maquiavelo, p.353).

286 *El comportamiento del príncipe debe estar encaminado a granjearle el respeto y la obediencia (si no la estima) del pueblo.* Si debe escoger entre el amor y el temor Maquiavelo y Commynes responden inequívocamente: el temor, pero nunca el odio (9). Incluso ambos se inclinan por medidas que atraigan el respeto y la benevolencia de los súbditos: Commynes aconseja no desaprovechar las ocasiones de lograr una pequeña victoria. El efecto psicológico de este aumento de prestigio influirá positivamente en el ánimo del pueblo. (Commynes, p. 45). Igual fin persigue César Borgia al mandar matar públicamente a su aliado, el cruel Ramiro de Orco. (Maquiavelo, p. 318) (10).

Directamente vinculada a este tema, encontramos la recomendación de ambos autores de evitar *el peligro de la tiranía* "Después creyó el duque innecesaria una autoridad tan *ilimitada*, por sospechar que llegaría a ser odiosa..." (Maquiavelo, pp. 317-18) (11). Maquiavelo considera el abuso del poder (tiranía), un mal método que sólo puede perjudicar al gobernante. En el caso de Commynes su condena a la tiranía es aún más radical llegando a afirmar que el tirano se hace acreedor a la excomuniación (Commynes, p. 175), (12) y que Inglaterra es la Señoría donde mejor marchan los asuntos del Estado debido a que allí se

ejerce menos violencia contra el pueblo. (Commynes, p. 173).

Enfoque aparte merece la política del príncipe con respecto a la *importancia que atribuye al ejército*. Un estado no sólo no existe sin ejército, sino que también la autoridad del príncipe se encuentra cuestionada si es que no se apoya en un ejército fuerte y leal. Sin negar el rol preponderante que juega éste dentro del Estado, el Consejero de Luis XI se muestra mucho menos tajante que el florentino, llegando a señalar que es necesario normar la conducta de los soldados en tiempo de paz a fin de evitar que cometan toda suerte de abusos. (Commynes, p. 172). Pese a que en líneas generales las opiniones de los dos autores coinciden, hay una sutil diferencia en Commynes quien limita el papel y la utilidad del ejército. De este modo, mientras que Maquiavelo coloca al ejército propio como garantía absoluta para la buena marcha del aparato estatal, Commynes le atribuye un seguro pero discreto tercer lugar. Prioridad tienen para él, la voluntad de Dios y la obediencia (o temor) de los súbditos. Si el príncipe no cuenta anticipadamente con estos dos presupuestos, nada - ni siquiera un magnífico ejército - podrá asegurarle la permanencia en el poder: "Sé bien que es preciso gastar dinero para defender las fronteras aún en tiempo de paz para no ser sorprendido, pero todo hay que hacerlo moderadamente. En esto demuestra su criterio un príncipe..." (Commynes, p. 173). Es decir, en no atribuir al ejército más importancia de la que realmente tiene en los asuntos del Estado. Aquí comienzan las grandes divergencias que encontramos entre el gobernante "ideal" de Commynes y el de Maquiavelo. Divergencias que pueden sintetizarse en tres cuestiones esenciales: a) *Crueldad del gobernante*, b) *Papel de la Fortuna* y c) *Actitud frente a Dios*. (13)

287

La crueldad se justifica sólo si es útil al príncipe para afianzar su poder, pero es un medio y nunca un fin

en sí misma. De allí se sigue que reviste significado especial el uso que se haga de este instrumento. Maquiavelo piensa, además, que el príncipe no puede ser cruel por naturaleza, porque debe estar en posición de controlar o de dosificar este medio, esto es, de *dominar la crueldad*, dado que aquél que se entrega a excesos y rebasa los límites tolerables, perderá fácilmente el poder. Maquiavelo afirma: "Creo que esto sucede por el buen o mal uso que de la crueldad se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno a lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea una sólo vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite, procurando que, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo. Mal usada es la que, no teniendo grande importancia al principio, va después creciendo en vez de desaparecer." (Maquiavelo, p. 322). (14)

288

Commynes en cambio condena abiertamente la crueldad en el gobernante. Piensa que un temperamento cruel es la causa de muchos errores tácticos. Carlos el Temerario fracasa por su crueldad; Luis XI, en cambio, no comete crueldades ni ejecuta actos de venganza con los vencidos. (Commynes, p. 36). (15) Para el Consejero real, la crueldad es decididamente algo negativo que debe ser eliminado de la personalidad del gobernante. Coincide con Maquiavelo en que uno debe ser dueño de sus impulsos y no dejarse dominar por éstos, pero no encontramos en sus reflexiones ningún rasgo que atenúe su condena hacia los procedimientos crueles. No hay por lo tanto la crueldad "única pero necesaria" - crueldad bien empleada -, del florentino. El duque de Borgoña es criticado constantemente por su absoluta falta de bondad y comparado desfavorablemente con el en apariencia magnánimo y exitoso Luis XI. Incluso cuando éste último, hacia el final de su vida, gravemente enfermo y temeroso de perder la obediencia de sus súbditos, ejecuta actos de inexplicable crueldad, no sólo no es justificado por Commynes sino más bien enjuiciado con bastante imparcialidad. De esta forma, el miedo

anormal que acomete al monarca de ser asesinado y que lo lleva a encerrarse prácticamente en una prisión como medida extrema de protección, es considerado por Commynes como una "parte del purgatorio" que el rey debe cumplir por haber mantenido a muchas personas en prisión durante su vida. Pese a tratarse de sus enemigos y a haber realizado muchos bienes, el rey ha procedido en esto cruelmente y merece un castigo similar al daño que causó. Esta justicia divina en la persona del rey y las repetidas menciones al cruel comportamiento del Temerario, que el Consejero hace a lo largo del texto, (Commynes, pp. 18-36) (16) son prueba suficiente de que no sólo no aprobaba este rasgo de carácter en un gobernante, sino que evidentemente lo consideraba un serio error táctico.

"Fortuna" en un sentido más bien clásico (17) no figura sino en cinco ocasiones en el texto de Commynes y siempre con mayúscula, lo que parece indicar que se trata de un concepto al que el autor atribuye indudable importancia y considera necesario dejar bien establecida cuál es su posición frente a este problema. Debemos añadir que si bien el número de veces en que se hace alusión a Fortuna no parece significativo, el tratamiento que este concepto recibe sí lo es. Veamos, la primera vez aparece en una pregunta: a) "¿Qué diremos aquí de Fortuna? (Commynes. p. 163) El "aquí" hace referencia al trágico fin del Condestable de Saint-Pol, a quien Carlos el Temerario mandó matar en un acto de innecesaria crueldad. Las otras cuatro menciones se refieren también al mismo asunto pero contienen reflexiones más detalladas e interesantes: b) Si el fin del Condestable de Saint-Pol hay que atribuirlo a la Fortuna debemos reconocer, que "esta engañosa Fortuna lo había mirado con mala cara" (Commynes, p. 164) (18). El comentario es indudablemente irónico y podemos sospechar cuál es la opinión del autor con respecto al rol que desempeña la Fortuna. Sigamos analizando el siguiente ejemplo:

c) "Pero para expresarlo mejor es preciso responder que tales misterios no proceden en absoluto de la Fortuna y que Fortuna no es más que una ficción poética..." (Commynes, p. 164). Y añade aún más tajantemente: d) "Sería bien ignorante aquél que creyera que podía haber una Fortuna o algo parecido que pudiese impedir que este prudente hombre (el condestable de Saint-Pol) lograra enemistarse brusca-mente con estos dos príncipes (Carlos el Temerario y Luis XI)..." (Commynes, p. 164). Y como explicación final (la quinta mención) "Y ninguna Fortuna había puesto la mano en esto (la muerte del condestable de Saint-Pol) sino Dios." (Commynes, p. 164).

290

Antes del capítulo XXV, ("De cómo influye la fortuna en las cosas humanas y del modo de contrarrestarlas siendo adversas"), en que se ocupa especialmente de la concepción de Fortuna, Maquiavelo alude muchas veces a ésta durante su obra (Maquiavelo, pp. 315-16) (19). El piensa que existiendo el libre albedrío nuestras acciones dependen sólo en parte de la fortuna, pudiendo nosotros con nuestra conducta y nuestra libertad forzar los acontecimientos "...porque la fortuna es mujer y para tenerla dominada es preciso tratarla sin miramientos, demostrando la experiencia que vence quien la obliga, no quien la respeta. Como mujer es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces." (Maquiavelo, p. 357). Maquiavelo en una palabra, ha materializado la fortuna de los antiguos (20) y la ha puesto a nuestro alcance, la buena fortuna depende mucho de la adecuación de nuestro comportamiento a las circunstancias, esto es, del buen uso que hagamos de nuestro libre albedrío. De esto mismo depende igualmente la mala fortuna, hay que forzar pues a la primera a ponerse de nuestro lado, saltando convencionalismos y principios establecidos que obstaculizan nuestro camino. La fortuna puede ponerse de nuestra parte si sabemos como tratarla. Es en última instancia una fuerza que el hombre puede doblegar.

En esta concepción, el papel de *Dios*, queda minimizado si no definitivamente excluido. Commynes dice que Dios es el único responsable de lo que ocurre y que es una necedad creer que la Fortuna tiene algo que ver en esto. Maquiavelo afirma: "Muchos han creído y creen todavía que las cosas de este mundo las dirigen la fortuna y Dios, sin ser dado a la prudencia de los hombres hacer que varíen, ni haber para ellas remedio alguno: de suerte que, siendo inútil preocuparse por lo que ha de suceder, lo mejor es abandonarse a la *suerte*. En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto y se ven todos los días, superiores a toda humana previsión. Meditando en ellos me han hecho a veces inclinarme algo en favor de esta creencia; sin embargo como nuestro *libre arbitrio* existe, creo que de la fortuna depende la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja dirigir la otra mitad o algo menos." (Maquiavelo, p. 355). Si la fortuna es responsable de la mitad o algo más de lo que nos sucede, y nosotros a través del libre albedrío, del resto, ¿qué rol juega entonces la voluntad de Dios en esta concepción? Además "fortuna" es a veces identificada con "suerte" (Maquiavelo, p. 355) pero nunca con "dinero". Por otra parte, siendo una potencia sometida en última instancia a la voluntad del hombre, es comprensible que Maquiavelo no utilice la mayúscula para referirse a ella. (21). Para Commynes, en cambio, había dos posibilidades: Dios era responsable de nuestro destino o lo era la Fortuna. El y los hombres de bien debían creer en el poder absoluto de Dios, aunque admitía la existencia de un grupo de "ignorantes" que reemplazaban "Dios" por "Fortuna". Para éstos, evidentemente, el rol de la Fortuna es omnipotente, para Maquiavelo en cambio, nunca. Su tilmente el Consejero real está aquí más cerca de la concepción clásica mientras que el secretario florentino se aleja de ella, limitando y sometiendo la "fortuna" a la voluntad humana.

mientos, hemos tratado de paso el tema de Dios. Creemos que convendría detenerse y estudiarlo cuidadosamente.

Al referirse en el Capítulo III (De los principados mixtos) a Luis XII, Maquiavelo critica la desacertada política del monarca al propiciar el aumento del poder eclesiástico en Italia. El florentino añade que los franceses no entienden de “negocios de estados, pues, de lo contrario, no permitirían a la soberanía pontificia llegar a tanta grandeza.” (Maquiavelo, p. 310). Es claro que aquí la autoridad pontificia está considerada como uno de los poderes políticos que hay que temer (22) y sobre todo que tener en cuenta, porque su ámbito de influencia es más bien terrestre. La eventual participación divina no parece ser más importante que en los otros tipos de principados. Expliquémonos, en “El Príncipe”, el tema de Dios parece estar reducido en última instancia a las posibilidades de utilidad política que el gobernante pueda obtener de tal creencia. Es decir mejor es creer

292

o parecer que se cree - en Dios porque ello mejora la figura del gobernante frente a sus súbditos. Así, ser “*piadoso*, leal, íntegro, compasivo y *religioso*” (Maquiavelo, p. 340) está muy bien pero mejor aún es parecerlo que serlo realmente, porque el que *parece* es mucho más dúctil en su conducta que el que está firmemente convencido. El carácter de un buen político debe ser dúctil porque hay circunstancias en que el bien del Estado requiere “hacer algo contrario a la lealtad, a la clemencia, a la bondad o a la religión.” (Maquiavelo, p. 340) (23). Comprendida esta premisa fundamental, encontraremos menos significativas las otras menciones de *Dios*. Por ejemplo, si los mercenarios inspiran desconfianza a Maquiavelo, debido a que no tienen “temor de Dios”, es claro que considera necesario en el hombre corriente la adhesión sincera a ciertos principios morales. Los mercenarios, que no poseen esta característica, no son por consiguiente dignos de la confianza del príncipe.

Volviendo a las menciones de Dios: cuando al hablar de los principados eclesiásticos (Capítulo XI) afirma “Tales principados son los únicos tranquilos y felices. Regidos por preceptos tan altos que la mente humana no los alcanza, dejaré de hablar de ellos, pues formados y mantenidos por Dios, sería presunción y temeridad criticarlos.” (Maquiavelo, p. 326). Los presupuestos que fundamentan la existencia de estos principados merecen estar más allá de la crítica del florentino. No lo están empero, ni el poder eclesiástico -severamente juzgado en “El Príncipe” y considerado como peligroso- ni menos los pontífices, cuyo comportamiento no difiere en nada de cualquiera de los otros gobernantes civiles: “Su santidad el Papa León X ha encontrado pues, la santa sede poderosísima, esperándose que si Alejandro y Julio la hicieron grande por la *fuerza de las armas*, la aumente en poder y veneración *por su bondad y las otras infinitas virtudes* que le adornan.” (Maquiavelo, p. 327). Es claro que un principado eclesiástico siendo de naturaleza muy distinta a la de los principados civiles, requiere también un gobernante especial cuyo poder no esté fundado en la “fuerza de las armas” sino más bien “en las infinitas virtudes que lo adornan” (¿o qué lo deben adornar?). En otros términos, el poder eclesiástico y el poder civil no deben mezclarse ni menos competir entre ellos. El radio de acción del pontífice, así como los medios para conservar el especial poder que detenta, no serán los mismos que los del gobernante de un principado civil. De esta suerte, Maquiavelo limita el poder eclesiástico a una esfera puramente espiritual (es decir tiene un origen divino y debe mantenerse por medio de la virtud) y por consiguiente su mención de Dios al referirse a los principados eclesiásticos tiene validez únicamente para ellos. El poder civil tiene otro origen y por tanto tiene también otros métodos para conservarse.

Las otras alusiones a Dios en el Capítulo final de “El Príncipe” (Capítulo XXVI Exhortación para librar a

Italia de los bárbaros) si bien tienen diferente carácter no las consideramos necesariamente más significativas que las anteriores. Es decir, no deben verse como un cambio o una rectificación dentro de la línea de argumentación seguida a lo largo de toda la obra y cuyas pautas hemos ya señalado arriba.

294

Aclaremos nuestra afirmación sobre el “distinto carácter” que presentan las menciones de Dios, en este capítulo. Maquiavelo, a quien causa infinito dolor el espectáculo de una Italia dividida por luchas internas y como tal indefensa contra cualquier ataque, busca un “redentor” capaz de emprender la tarea de unificar lo que no debía estar desunido. Las dificultades inmensas de semejante empresa no se le escapan al autor, quien utiliza todos sus medios de persuasión para exhortar a Lorenzo, duque de Urbino, a llevarla a cabo. En primer lugar, el atribuirle carácter divino a la unificación de Italia, ennoblece lejos de toda duda esta empresa. En segundo lugar, Lorenzo es el elegido de Dios, es decir no puede ni debe sustraerse a tan alta misión. “Pero de nadie más que de vuestra ilustre Casa, tan favorecida por Dios y por la iglesia, cuya dirección tiene ahora en sus manos, y que posee las virtudes y sabidurías indispensables para las grandes empresas, puede esperar Italia su redención... No ha habido nunca empresa más justa ni más fácil, ni a nadie como a Vos ha protegido Dios.” (Maquiavelo, p. 357). Aquí el político cede paso al retórico pues Maquiavelo conoce perfectamente cuáles son los argumentos a emplear en una exhortación. Un atento análisis, deja al descubierto que las remisiones a Dios constituyen recursos retórico-argumentativos destinados a lograr la persuasión. De esta forma, líneas más adelante, el autor recuerda al duque de Urbino, que si bien su misión es redentora y él, el elegido de Dios, esto sólo no basta: “Todo concurre a vuestra grandeza; *lo demás a vos toca hacerlo*. Dios no quiere ejecutarlo todo, para dejar a nuestro libre arbitrio la parte de gloria que nos corresponde.” (Maquiavelo, p. 358).

Luego, prosigue, aclarando *cuán grande*, en realidad, es la tarea de Lorenzo de Médicis. Tarea al parecer exclusivamente humana, porque con la anterior cita, concluyen no sólo las referencias a Dios, sino cualquier alusión a una ayuda divina más directa.

Así, pues, entendemos que el duque para llevar a feliz término su empresa necesita básicamente contar con un ejército nacional, en el que el amor por Italia y el valor italiano, garanticen la victoria frente al poder extranjero. Significativos son aquí, por cierto, los dos versos del pequeño cuarteto de Petrarca con que concluye "El Príncipe":

"Che l'antico valore
Negl'italici cor non e ancor morto",

y que nos hablan del antiguo valor que no está todavía muerto en el corazón italiano. Maquiavelo concluye, como se aprecia, recordando a Lorenzo, el antiguo valor italiano, del que no sólo el duque debe hacer gala, sino que permanece intacto en el corazón de todo italiano y que será la garantía final del éxito. Que Lorenzo de Médicis comprendió acertadamente a Maquiavelo, y al igual que el político, creyó que ni la justicia de su empresa ni la elección divina, disminuirían en mucho la enormidad del esfuerzo que se le pedía, no cabe ninguna duda. Al margen de su posible piedad, sabemos que el duque de Urbino no quiso comprometer las ventajas de un poder seguro, en una empresa cuyos riesgos no se le escapaban.

(24)

295

Diametralmente opuesta en apariencia se muestra la concepción de Dios en el modo cómo Felipe de Comynnes entendía el quehacer político. Decimos "en apariencia" porque una lectura superficial de las "Memorias" podría dar la impresión sobretodo a causa de sus frecuentísimas referencias a Dios de que el Consejero de Luis XI propugnaba una política enteramente delimitada por el "temor de Dios". Pensamos en cambio que la sujeción del príncipe a la

voluntad divina no es para Commynes todo lo determinante, como algunas de sus afirmaciones lo permiten suponer. (25). A este respecto juzgamos acertada la opinión de Faguet cuando escribe: "Dieu complete pour Commynes le systeme d'explications des choses qu'il se fait, et qui sans Dieu, pour Commynes comme pour tous les hommes, resterait ouvert, aurait une immense lacune. Dieu ferme le cercle; il repond au dernier *pourquoi*. Commynes aime bien un systeme d'idées clos et plein où a sa place meme l'inexplicable sous un nom précis. (26) En efecto, es este sistema de ideas "cerrado y completo" lo que le permite preferir a Dios como explicación última de los sucesos inevitables, Commynes, hemos visto ya, puesto en la situación de tener que elegir entre Fortuna y Dios no vacila. Sin embargo, al analizar el sistema de valores de un gobernante, su concepto de Dios aparecerá mucho menos evidente y revelará complejidades insospechadas. (27)

296

¿Cuál debe ser, a juicio de estos dos políticos la cualidad fundamental del príncipe? En este punto Maquiavelo y el Consejero real son de la misma opinión: el buen gobernante debe ser "sage". ("prudente" y "savio"). No hay casi página en las "Memorias" en que Commynes no haga mención de esta nota, infaltable en la personalidad del gobernante. Luis XI tiene éxito porque es "sage", mientras que el fracaso del Temerario se explica fácilmente por su falta de "sagesse" (prudencia-sabiduría). Y en última instancia el peor castigo que Dios puede infligirle a un gobernante culpable es el de quitarle le "sens" lo que le impedirá seguir el consejo de los hombres "sages" y evitar así la ruina de su Estado. (Ver Apéndice I)

Luis XI según citas de Commynes (Cf. 1) - 3) - 6) y Apéndice I) es "prudente" (sage) tanto en su carácter como en su comportamiento. Ha recibido de Dios particularmente, el don de la "prudencia", lo que lo coloca por encima de todos los príncipes de su tiempo.

El duque de Borgoña es obstinado (2), insensato (4), de comportamiento imprudente (5) no es definitivamente "sage" (Cf. Apéndice I). Si alguna duda nos queda sobre la imparcialidad de los juicios de Comynes, recordemos que Charles, conde de Charolais primero y duque de Borgoña posteriormente, era mucho más conocido como "Charles le Téméraire" (Carlos el Temerario). Este calificativo "temerario" aplicado al duque por sus contemporáneos, apoya significativamente la opinión del Consejero real y evidencia que la "sagesse" (prudencia) no era un rasgo constitutivo del carácter del duque de Borgoña (Cf. análisis anterior sobre la relación entre temerario-téméraire y prudente-prudent. Apéndice I).

La cualidad más importante de un hombre de Estado debe ser la *prudencia*, de donde se sigue que el rey Luis XI que la poseía era un modelo en su actuación al frente del Estado francés. Carlos el Temerario, faltándole esta cualidad, no podía sino cometer la serie de errores tácticos que caracterizan su gobierno.

297

Maquiavelo cuyo frecuente empleo de las palabras "savio" y "prudente" nos permiten suponer que él también atribuía una importancia especial a esta cualidad en el carácter y en el actuar del gobernante. (Ver Apéndice II)

Veamos detenidamente los siguientes ejemplos, cuyas traducciones siguen la ya clásica traducción de Luis Navarro (28)

Texto 1) "César Borja, llamado vulgarmente el duque de Valentino, conquistó la Romaña por la posición de su padre, y cuando murió éste la perdió, a pesar de haber empleado todos los medios y hecho cuantas cosas puede hacer un hombre *prudente* para afianzar su dominación en el estado que las armas y la fortuna ajena le habían concedido." (Maquiavelo, El Príncipe Cap. VII, p. 316).

Texto 2): "Por ello un príncipe *prudente* debe go-

bernar de modo que sus súbditos en todo tiempo y circunstancias necesiten de su autoridad y siempre le serán fieles.” (Maquiavelo, El Príncipe, Cap. IX, p. 324).

Texto 3): “tal ha de ser la conducta de un príncipe *sabio*. No debe permanecer ocioso durante la paz, sino aprovecharla para adquirir la suma de conocimientos que en la adversidad puedan valerle, a fin de que, si cambia la fortuna, le encuentre dispuesto a recibir sus golpes.” (Maquiavelo, El Príncipe, Cap. XIV, p. 334).

Texto 4) “... pero no siendo posible ni, si lo fuera, practicarlas, porque no lo consiente la condición humana, el príncipe debe ser tan *prudente* que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le privarían del poder, y aún prescindir, mientras le sea posible, de los que no acarrear tales consecuencias.” (Maquiavelo, El Príncipe, Cap. XV, p. 335).

298

Texto 5): “... como es duplicada la vergüenza del que, siendo príncipe de nacimiento, por su escasa *prudencia* pierde la soberanía.” (Maquiavelo, El Príncipe, Cap. XXIV, p. 354).

Texto 6): “En conclusión: Conviene que los buenos consejos, procedan de donde procedan, resulten originales de la *prudencia* del príncipe, y no que ésta parezca ser resultado de buenos consejos.” (Maquiavelo, El Príncipe, Cap. XXIII, p. 354).

Habría algunas observaciones pertinentes que hacer:

a) En el ejemplo 1) donde el texto italiano dice: “Cesare Borgia, chiamato dal vulgo...” se ha traducido con buen criterio “Borja” por “Borgia”, (29) que en realidad no es sino la versión italiana del apellido de origen español, del duque de Valentino. Menos acertada nos parece en cambio la traducción “vulgarmente” por el italiano “dal vulgo”. Entendemos

que el contenido semántico de ambas expresiones no es igual. Así, "llamado popularmente duque de Valentino" nos parece más fiel al espíritu del texto italiano. (30) Es curioso observar aquí, que el texto italiano atribuye a César Borgia las cualidades de "prudente e virtuoso", la traducción española -sin embargo- anota *prudente* pero suprime sencillamente *virtuoso* -¿tal vez porque la reputación del duque hiciera imposible atribuirle el calificativo de *virtuoso*?-. Recordemos al respecto que "virtud" en el sentido que la usa Maquiavelo se limita sólo al terreno militar y político, refiriéndose a la cualidad que debe tener el guerrero o el hombre de Estado para conseguir los fines políticos que persigue. No tiene pues, la connotación religioso moral, que hoy le damos, (Cf. II Príncipe, p. 109); en todo caso, estaría más próxima al significado "valor", "coraje", "bravura" de la *virtus* romana.

b) En el texto 2) la palabra "savio" es traducida por "prudente" en tanto que en el texto 3) "savio" resulta en la versión española "sabio". Es decir que mientras Maquiavelo utiliza dos veces la palabra "savio", para calificar al Príncipe lo que permite suponer que las dos veces está designando la misma cualidad-, en español vemos que la primera expresión "príncipe savio" (texto 2) deviene "príncipe prudente" mientras que la misma expresión "príncipe savio" (texto 3), es traducida por "príncipe sabio", lo que parece indicar que "sabio" y "prudente" ("savio", prudente") son equivalentes (31) y hacen alusión a una nota más bien práctica dentro de la personalidad del príncipe, es decir a un saber, producto de la experiencia, calificación del actuar del príncipe, que no del estudio sistemático en libros. (32) Con esto no pretendemos, en modo alguno, excluir la posibilidad de que el gobernante pueda ser "prudente" y "erudito" ("savio" y "dotto"), sino simplemente señalar el hecho, de que Maquiavelo y Comynnes, parecen indicar que la nota fundamental del carácter y del actuar de un gobernante debe ser la "pru-

denzia"- "sagesse" ("prudencia"). La posibilidad de un buen gobernante "iletrado", no se encuentra, en verdad, ni en las "Memorias", ni en "El Príncipe"; pero por otra parte, en ningún pasaje de ambos textos, se hace mención expresa de la hipotética erudición de César Borgia o de Luis XI. Lo que si se halla presente en ambos autores es la recomendación de estudiar la Historia, a la manera de los griegos, como maestra de la vida, capaz de perfeccionar la conducta, aumentar la experiencia y evitar cometer errores. En el Capítulo XXV de "El Príncipe", en la exhortación que el secretario florentino hace a Lorenzo, duque de Urbino, a fin de que acometa la empresa de la "re-dención" (unificación) de Italia, le señala que dicha tarea no "... le será difícil lograrla estudiando la vida y acciones de los grandes hombres...". Por otra parte Commynes afirma: "...es éste, me parece..., uno de los mejores medios para volver a un hombre atinado, a saber, haber leído las historias antiguas y aprender a conducirse *prudentemente* gracias a las historias y ejemplos de nuestros predecesores, ya que nuestra vida es tan breve que no basta para adquirir experiencia de tantas cosas." (Commynes, "Memorias" p. 163). El estudio de la Historia, tiene como finalidad alcanzar o acrecentar la cualidad máxima que un gobernante puede tener, la prudencia. Por consiguiente, tratase aquí, no de la Historia por la Historia, sino de ésta como instrumento. Ningún otro tipo de *erudición*, le es -al parecer- aconsejado al príncipe prudente. Además, recordemos que en última instancia, Commynes piensa que la Historia sólo le es útil al príncipe que es "prudente" por naturaleza. En el caso de Carlos el Temerario, *nacido imprudente*- ni siquiera el conocimiento de la Historia hubiera podido cambiar su terrible destino.

Maquiavelo y Commynes parecen diferir sustancialmente con respecto a los patrones morales a los que tiene que sujetarse la conducta del príncipe. (33)

César Borgia, cuyos actos *deben* imitarse (Maquiavelo,

“El Príncipe”, Cap. VII, p. 316) es, según hemos visto, prudente, virtuoso, hábil, valeroso, excelente militar y estratega, “conocía tan bien a los hombres que debía ganar o destruir”, que, no puede desearse, en verdad, mejor modelo para un futuro estadista. Pero el duque de Valentino es, además, extremadamente cruel (recordemos el castigo que infringe a Ramiro de Orco, su colaborador en la pacificación de la Romaña) y el soborno y el asesinato son instrumentos que no desdeña utilizar cuando los considera necesarios para afianzar su poder. Por otra parte, no es religioso y ningún “temor de Dios” es perceptible en su actuación. Maquiavelo, sin embargo, le profesa una admiración casi ilimitada: “Examinadas todas las acciones del duque, no me atreveré a censurarle ninguna y sí a proponerle cuál lo hago, como modelo a cuantos lleguen al poder por la fortuna y las armas ajenas.” (Maquiavelo, “El Príncipe”, Cap. VII, p. 319). Ligeramente inconsecuente, Maquiavelo anota líneas más adelante: “Sólo es censurable en lo relativo al nombramiento de Julio II para el pontificado, porque tuvo mala elección” (Maquiavelo, Cap. VII, p. 319).

301

Un poco más incoherentes podrían parecer las críticas implícitas que hay a lo largo de todo “El Príncipe”, y que muestran que al delinear la personalidad del gobernante ideal, el autor se aleja muchas veces del modelo propuesto, lo que parece indicar que es consciente de que este modelo (César Borgia) no es idéntico con el “ideal”. Algo así, como si se estuviera haciendo hincapié en que el modelo, por las limitaciones que su condición humana le impone, es *siempre* perfectible y en realidad lo que el autor nos está indicando es cómo *debe ser* el gobernante y no cómo es, por lo tanto César Borgia no es pues El Príncipe, sino uno de los ejemplos que el autor propone. El Príncipe, en cambio, vendría a ser esa suma de cualidades que poseen todos los personajes históricos del pasado y de su época, a los que Maquiavelo hace frecuente alusión a lo largo de todo el libro. El

Príncipe no existe pues, prueba evidente de ello son precisamente, *todos* los ejemplos que el autor *necesita* mencionar para hacer comprensible su modelo: podríamos decir que ninguno posee de por sí, *todas* las cualidades requeridas, *todas* reflejan aproximaciones más o menos logradas del arquetipo que propone Maquiavelo. De esta forma, pensamos, hay que entender *El Príncipe*, o sea como el presupuesto inicial absolutamente consciente de que el gobernante ideal no existe, pero que aceptada esta premisa, se pueden establecer las pautas que un "estadista" *debe seguir* para aproximarse a este arquetipo. Así, el capítulo final de la exhortación y consejos a Lorenzo de Urbino deviene más explicativo, que la casi puramente retórica Dedicatoria con que se inicia el libro. Que Maquiavelo esperaba obtener algún favor con esta dádiva que hacía al heredero de los Médicis, es perfectamente factible, pero es una constatación que resulta más bien accesoria, en el análisis de su propósito al escribir *El Príncipe*. Creemos, más bien que ésta es la obra de un político -cuyos ideales, la unificación de Italia- se superponen a su amargura o intereses puramente personales. Esta es la razón por la que afirmábamos líneas más arriba, que el último capítulo es muy revelador, más que un favor personal. Maquiavelo desea que Lorenzo acepte la tarea máxima que claramente le señala. Esto, implicaba inequívocamente la aceptación de los consejos del autor y más aún, la aceptación de éste como Consejero del Príncipe, lo que en última instancia colocaba al florentino en una posición envidiable. Repetimos, sin embargo, *El Príncipe* es mucho más que un simple elogio al Magnífico Lorenzo o que una apología al duque de Valentino, ya que su autor supo anteponer a sus intereses personales, propósitos más elevados.

302

Luis XI, el gobernante modelo para Commynes, posee no sólo la prudencia -cualidad máxima del hombre de Estado- (34) sino también es generoso, hábil, religioso, atinado, etc. y al igual que César Borgia tiene gran tacto para escoger a sus colaboradores. Aventajaba a

este último en su excelente memoria (*recordaba a la gente y no olvidaba las cosas*. Commynes, p. 16). Si el duque hubiera tenido este don, no hubiese permitido la elección de Giuliano della Rovere como Papa, porque es un serio error táctico otorgarle poder a quien se ha infligido una grave ofensa (Maquiavelo, Cap. VII, p. 319).

La gran piedad del rey y su evidente temor de Dios, lo alejarían entonces del poco escrupuloso y cruel César Borgia. Pero, ¿es en efecto tan grande la distancia que los separa?. La respuesta no puede darse sino desde un ángulo ético-religioso, ya que es en este terreno donde las diferencias parecen insalvables. Profundicemos un poco más en la descripción que Commynes hace del rey como gobernante: Luis XI es amigo de las gentes de mediana condición y enemigo de los poderosos que pueden pasarse sin él; es buen marido - pese a que se casó a disgusto -, es trabajador, cumple siempre lo que ofrece y no ejecuta venganza con los vencidos; estima a los valientes, sabe tomar decisiones, no es cobarde. Asimismo el monarca acoge bien a los enemigos (o posibles enemigos) y es paciente. Además, no deja pasar una semana sin confesarse y hace ofrendas a la Iglesia.

303

Hasta aquí, el rey francés parece muy diferente del duque Borgia; pero el comportamiento de Luis XI reviste también otras características, así: conocía mejor que ninguno el arte de enemistar a las personas, y no sólo a los amos, sino también a los servidores; para lograr este propósito no escatimaba ningún esfuerzo. Cuando quería deshacerse de sus enemigos, procedía con más tacto que su rival, el duque de Borgoña (alusión al envenenamiento de Carlos de Guyenne, probablemente ordenado por Luis XI). Era siempre generoso y procuraba muchas veces que su liberalidad tuviera testigos, ya que era conveniente que se supiera cómo se comportaba el rey con quienes lo servían (o podrían hacerlo). Luis XI es presentado como muy discreto en su actitud al

hablar; lo hace en voz baja y al oído. Prefiere dar dinero en lugar de tierras, fomenta las discordias entre sus aliados, paga generosamente a los embajadores del enemigo y les promete puestos importantes; recarga a sus súbditos de impuestos, pero no tolera que ningún otro (aliado o enemigo) lo haga. Commynes señala además que el rey no avergonzaba jamás en público a los altos dignatarios (sobre todo si éste estaba integrado por personas de rango inferior). Le producía gran alegría verse en situación privilegiada frente a los que odiaba. Y aunque procuraba reparar sus errores cuando necesitaba a la gente, era vengativo por naturaleza (si bien trataba de no serlo en público).

304

La intriga, el asesinato "discreto" y el soborno (en privado y en público) son procedimientos de los que el rey se sirve, aunque con prudencia y sin correr riesgos inútiles. Pese a esto, Commynes lo considera el más sabio, liberal y virtuoso de todos los príncipes de su tiempo y termina deseando que Dios lo haya recibido en su reino. Obsérvese que la conducta de los dos grandes estadistas (el duque de Valentino y el monarca francés) revela el empleo de procedimientos idénticos que en algunos casos -asesinato, intriga y soborno- están reñidos con la moral "común". Pero el elogio de Maquiavelo y Commynes evidencia que dichos procedimientos no le están vedados al príncipe que trabaja por "el bien del Estado". El postulado de una doble moral o de una moral de límites distintos para el gobernante y para el hombre común se plantea aquí con bastante claridad, esto es, lo que no está permitido al hombre común sí lo está al Príncipe.

Justamente en este punto, los gobernantes "modelos" de Maquiavelo y Commynes se acercan. Otros aspectos distancian, sin embargo, a los personajes y asimismo a las obras de estos autores. Aclaremos: señalábamos antes que Maquiavelo no identifica necesariamente al Príncipe con César Borgia (35). Luis XI, en cambio, sí representa para Commynes -casi exactamente- el

ideal que él tiene de un gobernante. Y esto diferencia, sutil pero inequívocamente las obras de estos dos autores; pues mientras que el secretario florentino construye un modelo del gobernante que se eleva por encima de cualquier ejemplo humano, Comynnes esboza las cualidades del Príncipe a partir del rey Luis XI. Propone además muy pocos ejemplos históricos y utiliza para resaltar la diferencia entre un buen y un mal gobernante a figuras que él conoció personal e íntimamente (Carlos el Temerario y Luis XI). Indica la utilidad del conocimiento de la historia pero no hace menciones precisas sobre políticos de la Antigüedad. Es como si constantemente se estuviera remitiendo a ejemplos que tiene "al alcance de la mano". El quehacer del político es sin duda perfectible para Comynnes, pero en un grado mucho menor que en Maquiavelo. En términos generales, él trata de describir al político *como es* mientras que el secretario florentino lo presenta *como debe ser*. Evidentemente, Comynnes idealizó la figura de Luis XI; creemos, no obstante, que pocas veces fue consciente de esto. Por otra parte el carácter de su obra - memorias, recuerdos de hechos que sucedieron - lo limita bastante respecto de posibles idealizaciones. Trata por tanto de describir lo que recuerda y el imperativo de la verdad histórica es, en este sentido, mucho más fuerte para él que para Maquiavelo. Este último, aunque profesaba sincera admiración al duque de Valentino y lo conoció personalmente, no escribe sus memorias ni se siente atado por un personaje en especial, sino más bien a un tema como es el de las cualidades del gobernante ideal.

Hicimos referencia antes al postulado de la doble moral y/o de una moral de límites más amplios aplicables sólo al gobernante. (36) En el primer caso sería inevitable no recordar la distinción que Max Weber establece entre la "ética de la responsabilidad" y la "ética de la convicción": "Tenemos que ver con claridad que toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos máximas fundamentales distintas entre

sí e irremediabilmente opuestas: puede orientarse conforme a la "ética de la convicción" o conforme a la "ética de la responsabilidad" ("Gesinnungsethik" oder "Verantwortungsethik"). No es que la ética de la convicción sea idéntica a la falta de responsabilidad o la ética de la responsabilidad a la falta de convicción. No se trata en absoluto de esto. Pero sí hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de una ética de la convicción, tal como la que ordena (religiosamente hablando) "el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios" o según una máxima de la ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las , consecuencias pre-
visibles de la propia acción." ("La política como vocación", en *El político y el científico*, pp. 163-164). Si entendiésemos que el quehacer del político se coloca con precisión en los límites de la "ética de la responsabilidad" y el quehacer del científico o del santo dentro de los límites de la "ética de la convicción", habría una separación tajante no sólo entre las dos éticas sino también entre el político y el resto de los hombres. Pero, ¿es esto lo que Max Weber postula?

Sería interesante enjuiciar desde esta perspectiva de fronteras cronológicas y espaciales más bien amplias (*todos* estuvieron y *todos* estamos en nuestro actuar sujetos a este intemporal dilema que parecen sugerir la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad) las personalidades de Luis XI y de César Borgia. El primero, un excelente gobernante y hábil político, estuvo siempre a la altura de la misión que su nacimiento real le impuso; no sólo no eludió esta tarea, sino que la cumplió brillantemente: creó las bases del Estado moderno francés. Por esto, podría inscribirse sin dificultad dentro de una "ética de la responsabilidad". Sin embargo, hacia el final de su vida el rey se ve acosado por el miedo y los remordimientos que muchas de sus acciones le ocasionan; es decir, no sólo se arrepiente de ellas sino que se siente merecedor de castigo. ¿Qué hace que Luis XI adopte semejante

actitud? El texto de Comynnes lo señala muy claramente: *sus convicciones religiosas*. Pero ello conduciría a una posición, aparentemente incoherente, dentro de la teoría de Max Weber: el quehacer político de Luis XI se guiaría por los patrones de una "ética de la responsabilidad" y sus remordimientos al caer gravemente enfermo indicarían igualmente que se sentía comprometido con los presupuestos de una "ética de la convicción". Entonces, ¿es Luis XI un político "inmoral" porque se arrepiente de sus actos o bien un creyente que ha sido "inmoral"?

Los calificativos de excelente táctico, político y militar, al servicio del bien público con que Maquiavelo justifica la conducta del duque de Valentino, ponen de manifiesto que este no sólo no desconocía las dificultades de la tarea que se impuso, sino que las aceptaba por completo. Inscribir su comportamiento dentro de las pautas de la "ética de la responsabilidad" no resultaría, pues, desproporcionado. Menos lo parecerá si recordamos que César Borgia según las noticias que tenemos no se arrepiente de sus actos, sino por el contrario acepta plenamente las consecuencias de los mismos. La seguridad destacada por el secretario florentino en la personalidad y en los actos del duque tiene su origen en la sólida convicción de ambos de que el actuar del político se justifica por el fin que persigue. En otras palabras, no son *convicciones* religiosas a la manera de Luis XI, pero sí *convicciones* políticas lo suficientemente poderosas como para afirmar que los actos de César Borgia podrían ajustarse también a las prescripciones de una "ética de la convicción". Por consiguiente, César Borgia resultaría, de acuerdo a los conceptos de Max Weber, un buen creyente (fiel a sus convicciones) y un buen político (acepta la responsabilidad de sus actos); mientras que el juicio sobre Luis XI se traduciría, hemos visto, en una disyuntiva al parecer insalvable: ¿era un buen creyente o era un buen político?.

más arriba, antes de analizar a Luis XI y a César Borgia: ¿es esto realmente lo que Max Weber postula? El propio autor absolvería parcialmente esta cuestión: "...la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir para formar al hombre auténtico, al hombre que puede tener vocación política..." (Max Weber, p. 176). Así, la antinomia aparente entre "responsabilidad" y "convicción" desaparece y cede el lugar a esa segunda posibilidad que sugeríamos al comienzo de esta argumentación, es decir, la de una ética de límites más amplios con respecto a la ética convencional. ¿Hasta dónde deben extenderse estos límites? Max Weber no lo aclara, por el contrario hace aún más ambigua su concepción al sostener que "...nadie puede, sin embargo, prescribir si hay que obrar conforme a la ética de la responsabilidad o conforme a la ética de la convicción, o cuando conforme a una y cuando conforme a la otra." (Max Weber, p. 175). Los límites de la ética convencional tendrían pues que hacerse más amplios y es al individuo, en última instancia, a quien corresponde decidir cuáles deben ser las normas de su comportamiento (ética de la convicción - ética de la responsabilidad) y en qué circunstancias debe seguir tal o cual de las normas aceptadas voluntariamente. De este modo, no habría ya una ética para el político (caso de *El Príncipe* de Maquiavelo), ni una exclusivamente para el santo, sino más bien una ética más humana que, aceptando las limitaciones de la persona, le permita superarse y le ofrezca patrones de conducta adecuados a situaciones reales. Es decir, no se trata de normar el comportamiento "perfecto" sino el mejor posible (de acuerdo a una ética de tales características parece haber entendido Commynes la actuación de Luis XI).

Si los conflictos internos a los que el hombre en general - no sólo el político - está permanentemente sometido se resuelven por completo o parcialmente dentro de esta ética más amplia, es una cuestión que

sobrepasa los objetivos del presente trabajo. Lo que sí podemos afirmar es que Maquiavelo y Commynes, al igual que Max Weber, también hubieran considerado inadmisible la aceptación de una *ética de la propia conveniencia*.

APENDICE I

1) "Entre tous ceux que j'ai jamais connu, le plus *sage* pour se tirer d'un mauvais pas en temps d'adversité, c'était le roi Louis onzième..." (Commynes, p. 14).

2) "...il demeurait *obstiné* a une chose impossible de prendre." (Commynes, p. 87).

3) "... et comme notre roi conduisit tout *sagement*..." (Commynes, p. 115).

4) "... et avec paroles d'homme *insensé*..." (Commynes, p. 126).

309

5) "Par quoi le dit duc procédait *mal sagement*". (Commynes, p. 87).

6) "Quelque grace Dieu lui fit, car comme il l'avait créé plus *sage*... que les autres princes qui régnaient avec lui et de son temps..." (Commynes, p. 154).

En cuatro de estos seis ejemplos podemos estudiar directamente los usos de la palabra "sage" y su derivado "sagement".

En los ejemplos 2) y 4) tenemos "obstiné" y "insensé": "sage" (1) et "sagement" (3) califican el comportamiento de Luis XI y el ejemplo (6) alude a una nota del carácter del citado rey, mientras que "obstiné" (2) y "insensé" (3) nos muestran dos facetas del carácter del duque de Borgoña, así como "mal sagement" (5) también está indicando una forma de comportarse del mismo.

"Sage" adjetivo introducido en la lengua francesa más o menos a finales del siglo X, viene del latín vulgar: "sapuis", "sabijs" y del latín clásico "sapidus" significando: "Eclairé, savant,... averti, avisé, sensé... circonspect, équilibré, mesuré, modéré, prudent, raisonnable, réfléchi, sérieux." (37)

En español, tenemos "sabio" introducido también en la lengua en el siglo XI "por influjo del sinónimo "sabido" y más adelante, en el siglo XIII "sabio... del lat. SAPIDUS 'prudente', 'juicioso'..." (38)

Tenemos así que tanto en francés como en castellano "prudente" ("prudent") es uno de los sinónimos de "sabio" ("sage"). (39)

310

Con respecto a "insensé" (insensato, ver Nº 4) y a "obstiné" (obstinado, ver Nº 2) podemos decir lo siguiente "insensé" es un adjetivo que se introduce en el francés hacia mediados del siglo XV y que se origina de una palabra del latín eclesiástico "insensatus" que significa "Deraisonnable", "fou"; "insane" y también "absurde" "extravangt", "impossible", "forcené" "inepte". Sus antónimos son "raisonnable" et "sensé" (Cf. P. Robert. Dictionnaire... p. 913).

"Obstiné" es un adjetivo que se encuentra en francés hacia comienzos del siglo XIII, viene del latín "obstinatus" y quiere decir también: "opiniatre"; "enteté", "persévérant", "tétu", y "volontaire". "Inconstant" et "docile" figuran entre sus antónimos. (Cf. P. Robert. Dictionnaire... p. 1174). En castellano, "obstinado" ("obstiné") es 'terco', 1438. Tom. del lat. 'obstinauts'...' (J. Corominas - Breve diccionario etimológico... p. 420). "Insensato" ("insensé") señala Julio Casares (Diccionario ideológico... p. 604) quiere decir "necio", "fatuo", sin sentido." En el mismo Casares encontramos "insensatez" como uno de los significados análogos de "necedad" (Casares p. 384) y "necio" a su vez figura entre los análogos de "obstinado" (Casares p. 391).

Por otro lado, el mismo Casares equipara "necio" y "temerario" con "imprudente" (Casares pp. 287 y 591 y también pp. 287 y 1017).

De todo este análisis (40) podemos sacar las siguientes conclusiones:

a) Las palabras "sage", "insensé" y "obstiné" que Commynes utilizó en las "Memorias" no han sufrido una variación sensible en sus significados con respecto al francés actual. En otros términos sin pecar de anacronismo, en lo que se refiere a estas palabras podemos interpretar el uso que Commynes hace del idioma (de comienzos del siglo XVI) con patrones semánticos análogos a los del francés del siglo XX.

b) Traducidos al español los equivalentes franceses, las mismas conclusiones y enunciados en a) se pueden aplicar para las palabras "prudente", "insensato" y "obstinado".

c) En español debemos traducir "sage" por "prudente", ya que la palabra "sabio" resultaría ambigua, pudiéndose entender también como traducción de "savant". Es decir que el francés registra dos posibilidades "sage" et "savant" para el español "sabio" (P. Robert. Dictionnaire... p. 1593).

311

Examinando entonces de nuevo los seis ejemplos anteriores, podemos ya ensayar una traducción al español:

En el N^o 1) tendríamos: "Entre todos los hombres que he conocido el más prudente (hábil) para salir de un mal paso en tiempo de adversidad era el rey Luis once."

En el N^o 2): "... él se obstinaba en algo que era imposible obtener..."

En el N^o 3): "Y como nuestro rey (Luis XI) conducía todo prudentemente..."

En el N.º 4): "...y con palabras de hombre insensato (el duque de Borgoña)..."

En el N.º 5): "Por lo que el mencionado duque se conducía imprudentemente."

En el N.º 6): "Y una inmensa gracia Dios le otorgó al crearlo el más prudente... de todos los príncipes que reinaron con él (Luis XI) y en su tiempo..."

APENDICE II

312

1) "... Cesare Borgia, chiamato dal vulgo duca Valentino, acquisto lo stato con la fortuna del padre, e con quella lo perdé; nonostante che per lui si usassi ogni opera e facessi tutte quelle cose che per uno *prudente* e virtuoso uomo si doveva fare, per mettere le barbe sue in quelli stati che l'arme e fortuna di altri gli aveva concessi." (Maquiavelli, *Il Principe* Cap. VII p. 36).

2) "E pero uno principe *savio* debba pensare uno modo, per il quale li sua cittadini, sempre e in ogni qualita di tempo abbino bisogno dello stato et di lui; e sempre poi li saranno fedeli." (Maquiavelli, *Il Principe*, Cap. IX p. 50).

3) "Questi simili modi debbe osservare uno principe *savio* e mai ne'tempi pacifici stare ozioso, ma con industria farne capitale, per potersene valere nelle avversita, accio che, quando si muta la fortuna lo truovi parato a resisterle." (Maquiavelli, *Il Principe*. Cap. XIV, p. 66).

4) "Ma perché le non si possono avere, né interamente osservare, per le condizioni umane che non lo consentono, gli e necessario essere tanto *prudente*, che sappia fuggire l'infamia di quelli vizii che li torrebbero lo stato, e da quelli che non gnene tolgano guardarsi, se egli e possibile;..." (Maquiavelli, *Il Prin-*

cipe. Cap. XV. p. 67).

5) "... come quello ha duplicata vergogna, che nato principe, lo ha per sua poca *prudenzia* perduto." (Maquiavelli, *Il Principe*, Cap. XXIV p. 97).

6) "Pero si conclude, che li buoni consigli, da qualunque venghino, conviene naschino dalla *prudenzia* del principe, e non la *prudenzia* del principe da 'buoni consigli'" (Maquiavelli, *Il Principe*. Cap. XXII p. 96).

En los ejemplos 1), 4), 5) y 6) subrayamos las palabras "prudente" (dos veces) y "prudenzia" (dos veces) en 2) y 3) es "savio" la palabra señalada.

"Prudente" adjetivo, del latín "prudens-entis" que a su vez viene de otra palabra latina "providenz" ("Providente") alude a la persona que posee por naturaleza, o usa en determinados casos la prudencia, sobre todo como facultad de estimar exactamente un peligro, las consecuencias del propio actuar o de evitar cualquier riesgo inútil ("Di persona que ha per natura, o usa in determinati casi la prudenza, soprattutto como capacita di valutare esattamente un pericolo, di valutare, le sequenza delle proprie azioni, di evitare ogni inutile rischio...") (Treccani, Tomo IX. p. 886).

313

"Prudenzia", del latín "prudencia-ae", "prudencia", en español significa también "cordura" y "sabiduría". (41)

Por otra parte, "savio" adjetivo, (Ejemplos 2) y 3), del latín "sapiens-entis" se traduce como "sabio", "prudente", "cuerdo" (J. Ortiz de Burgos p. 443 y H. Goelzer p. 523).

De donde se sigue que "savio" y "prudente" (italiano), así como "sabio" y "prudente" (español) pueden tomarse, en uno de sus significados, como sinónimos.

NOTAS

(1) R. Bossuat en su *Manuel Bibliographique de la litterature francaise du Moyen Age* (p. 504) da la fecha de 1509.

(2) Es decir, Carlos el Temerario.

(3) Las ediciones francesas utilizadas en este trabajo son: A. Pauphilet, "Mémoires de sire Philippe de Commynes", en *Historiens et Croniqueurs du Moyen Age* (con texto del siglo XVI) y la de N. Coulet, *Louis XI et Charles le Téméraire - Mémoires* (Livres I a VI), texto adaptado en base a las versiones de Calmette y la Pléiade (A. Pauphilet).

No teniendo noticia de la existencia de alguna traducción al español del texto de Commynes, tradujimos todas las citas que aparecen en este trabajo.

El estado actual de la bibliografía sobre Commynes es más o menos el siguiente:

a) Muchos de los trabajos sobre este autor son del siglo XIX, entre los que cabe destacar el de Sainte-Beuve, *Causeries de Lundi*, Tome I, Paris 1851; el de W. Arnold, *Die ethisch-politischen Grundanschauungen de Ph. de Commynes*, Dresden 1873; y V.L. Bourilly, *Les idées politiques de Philippe de Commynes*, en: *Rev. hist. mod. et cont.*, T. I, 1899-1900.

b) En el siglo XX figuran entre otros: B. Croce, *Il personaggio italiano che essortó il Commynes a serivere i "Mé-*

moires" (Angelo Catone), Napoli 1932; y G. Charlier, *Commynes*, Bruxelles 1945.

c) El único estudio comparatístico entre Commynes y Maquiavelo que conocemos es: K. Dreyer, *Commynes and Machiavelli. A Study in Parallelism*, en "Symposium", T.V. 1951, pp. 38-61 (Cf. además R. Bossaut, *Manuel Bibliographique...*, pp. 504-07).

d) El trabajo más reciente sobre Commynes parece ser el de J. Dufornet, *La vie de Commynes*, 1969. Cf. W. Engler, *Lexikon der französischen Literatur*, Stuttgart 1973.

(4) Las ediciones de Maquiavelo que se utilizan en este trabajo son: *Il Principe* (con versión del S. XVI) Rizzoli, Milano 1950; y la traducción española de Luis Navarro en la primera edición de las *Obras políticas* de Maquiavelo, Ed. Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana 1971.

(5) Commynes había nacido en 1445 en Flandes (Cf. E. Faguet, *Sexieme Siecle*, p. 1; W. Engler, *Lexikon...*, coincide en el lugar, pero da la fecha de 1447.

(6) Cf. nuestro análisis más adelante.

(7) La necesidad de conocer la historia y el valor que Maquiavelo adjudica a este saber están subrayados en casi todas las páginas de "El Príncipe".

- (8) Cap. XXIII, Cómo se debe huír de los adulares. Cf. también Aristóteles, *La política*, Libro VIII, Cap. IX; y Erasmo, *Elogio de la locura*, Caps. XXXVI y XLIV.
- (9) Cf. Maquiavelo, Cap. XVIII; y Comynnes pp. 145-153.
- (10) Cf. también Maquiavelo, 323-24-38-41-42-43-44-46-49-50-52-54 y 57.
- (11) Cf. Maquiavelo, p. 323.
- (12) Cf. también Maquiavelo, pp. 172-73-74.
- (13) Esta cuestión es sumamente compleja y los límites reales de esta divergencia se comprenderán mejor en el análisis que hacemos más adelante.
- (14) ,Cf. también pp. 317-18-20-21.
- (15) ,) Sólo es vengativo al comienzo de su vida, pero rápidamente se arrepiente de su comportamiento y repara los errores cometidos (Cf. Comynnes, p. 15).
- (16) Cf. también pp. 49-67-76.
- (17) Cf. Julio César, *Guerra Civil* III, 26 y I, 25, 52.
- (18) Cabe destacar asimismo que Comynnes distingue *Fortuna* claramente de *argent* (dinero): "...il avait grand argent comptant..." (p. 164) y de la misma palabra en la acepción de "suerte": "...Je n'appelle point leurs males fortunes sinon j'appelle males fortunes que celle dont leurs sujets se sentent (ressenten): car tomber de cheval, se rompre un jambe, avoir une fièvre bien après l'on en guérir, et leurs son telles choses propices et en sont plus sages..." (p. 167).
- (19) Cf. también pp. 17-19-20-25-27.
- (20) Cf. Heródoto, L. VIII, 109; Polibio I, 4; Julio César, *Guerra Civil*, IV, 26.
- (21) "...la fortuna e donna: ed e necessario, volendola tenere sotto, batterla e urtarla..." (*Il Principe*, XXV).
- (22) Cf. Aristóteles, *Ética Nicomaquea* L.V, Cap. IV; Dante, *De Monarquía*; Marsilio de Padua, *Defensor Pacis*, Cap. II, Discurso III.
- (23) Cf. también Aristóteles, *La Política*, L. VIII, Cap. IX.
- (24) En descargo de Lorenzo diremos que no fue él, el único príncipe que no quiso arriesgarse en semejante empresa. Recordemos que la unidad de Italia se realiza recién en el siglo XIX.
- (25) "...Y tales son las pasiones de los que jamás co-

nocieron la adversidad y en consecuencia no saben encontrar ningún remedio, y especialmente los príncipes que son orgullosos. Puesto que en este caso y en parecidos el primer refugio es *retornar a Dios*, pensar si se le ha ofendido en algo y humillarse delante de El...”

(26) “Dios completa para Commynes el sistema de explicación de las cosas que ha elaborado para sí mismo, y que sin Dios, para Commynes así como para cualquiera quedaría abierto, tendría una inmensa laguna; Dios cierra el círculo; responde al último *porqué*. Commynes prefiere un sistema de ideas cerrado y pleno donde hasta lo inexplicable tenga su lugar bajo cubierta de una denominación precisa”.

(27) Cf. el análisis de la moral del político que hacemos en este mismo trabajo.

(28) Cf. Bibliografía al final de este trabajo.

(29) Es verdad que con el mismo criterio de coherencia no debió españolizarse el apellido de Maquiavelo y mantenerse el *Machiavelli* que la traducción de “Borja” exigía.

(30) Recordemos que si bien *El Príncipe* no está destinado al “pueblo”, el adverbio “*vulgarmente*” puede presentar en español connotaciones negativas que de ninguna manera corresponden a la imagen que

Maquiavelo trasmite de César Borgia.

(31) Cf. al análisis que aquí mismo se hace de estas dos palabras.

(32) Para esta cualidad del saber adquirido y unido a la investigación el italiano prefiere *saggio* o mejor aún *dotto* y el español *sabio* en el sentido de “docto”, “erudito”.

(33) Cf. D. W. Ross, *Aristóteles*, p. 270.

(34) Cf. a este respecto el análisis de “prudente” que hacemos en este trabajo.

(35) Creemos, sin embargo, que sería forzar mucho el pensamiento de Maquiavelo al identificar su *Príncipe* con *Proletariado* o *Partido político*. Cf. al respecto G. Uscarescu, *Maquiavelo y la pasión del poder*, p. 13.

(36) Para el tema de la moral (ética) del político Cf. también Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, VII, 10; *La Política*, L. VIII, Cap. 7, 8 y 9; Salustio, *La Conjuración de Catilina*; Tácito, *Las historias*, L. I; *Los Anales*, Tomo I; y además Luis XIV, *Memorias sobre el Arte de Gobernar*; Voltaire, *Diccionario filosófico*, y del mismo *El siglo de Luis XIV*; Robespierre, *La Revolución jacobina* (Sobre principios de moral política); M. Joly, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*; M. Merleau-Ponty, *Signes*; A. Re-

naudet, *Maquiavelo*; P. Vilari, *Maquiavelo*, etc. para no mencionar sino algunos pocos.

en P. Robert, *Dictionnaire...*, p. 1418; J. Casares, *Diccionario ideológico...*, p. 868.

(37) P. Robert, *Dictionnaire Alphabétique et analogique de la langue française* Paris 1973, p. 1593.

(40) Disculpen los filólogos por este ligero análisis cuya única finalidad ha sido una mejor comprensión de texto...

(38) J. Corominas, *Breve Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid 1973, p. 519; y Cf. también J. Casares, *Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona 1954, p. 944 donde Casares equipara "sabiduría" con "prudencia".

(41) Cf. *Dizionario Enciclopedico Italiano* (Trecani), Roma, 1956, tomo IX, p. 886; H. Goelzer, *Dictionnaire Latin-français*, p. 481; y J. Ortiz de Burgos, *Diccionario Italiano-Español*, p. 395.

Aquí figura la ortografía moderna de la palabra, esto es, "prudenza". Conservamos sin embargo "prudenzia" usada por Maquiavelo.

(39) Cf. también "prudente"

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

317

Ph. de Comynnes, *Louis XI et Charles le Téméraire - Memoires* (Livres I a VI), Paris 1963.

A. Pauphilet (ed.), "Mémoires de sire Philippe de Comynnes", en *Historiens et Chroniqueurs du Moyen Age*, Paris 1952.

N. Machiavelli, *Il Principe*, Milano 1950.

N. Maquiavelo, *Obras políticas*, La Habana 1971.

Aristóteles, *La Política*, Barcelona 1975.

J. André y A. Hus, *La Historia en Roma*, Buenos Aires 1975.

Julio César, *Comentarios de la Guerra de las Galias*, Madrid 1947.

Dante Alighieri, *De la Monarquía*, Buenos Aires 1966.

M. Duverger, *El sistema parlamentario*, y M. Bridier, *El Poder real*, Buenos Aires 1963.

Erasmus de Rotterdam, *Elogio de la locura*, Madrid 1962.

W. Engler, *Lexikon der französischen Literatur*, Stuttgart 1973.

E. Faguet, *Sexieme Sicle*, Paris s/d.

L. Gautier-Vignal, *Maquiavelo*, México 1969.

M. Grant, *Klassiker der antiken Geschichtsschreibung*, München 1973.

J.R. Hale, *Machiavelli and Renaissance Italy*, Great Britain 1972.

318

M. Joly, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Monsesquieu*, Barcelona 1977.

H. Kühner, *Lexikon der Päpste*, Zurich s/d.

Luis XIV, *Memorias sobre el arte de gobernar*, Buenos Aires 1947.

C. Mossé, *Las doctrinas políticas en Grecia*, Barcelona 1971.

Marsilio de Padua, "Defensor Pacis" (Cap. II, Discurso II), en G. de Rossi, *Marsilio de Padua, Profeta de la política moderna*, Lima 1976.

W. Naeff, *La idea del Estado en la Edad Moderna*, Madrid 1973.

Platón, *La República*, Buenos Aires 1963.

M. Robespierre, *La Revolución jacobina*, Barcelona 1973.

A. Renaudet, *Maquiavelo*, Madrid 1965.

W. D. Ross, *Aristóteles*, Buenos Aires 1957.

Salustio, *La Conjuración de Catilina - La Guerra de Yugurta*, Madrid 1946.

Tácito, *Las Historias - Costumbres de los Germanos*, Buenos Aires 1944.

Los Anales, Tomo I, Buenos Aires 1944.

Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona 1975.

A. Tenenti, *Florenia en la época de los Médicis*, Barcelona 1974.

G. Uscatescu, *Maquiavelo y la pasión del poder*, Madrid 1969.

319

P. Vilari, *Maquiavelo*, Barcelona 1973.

Voltaire, *El Siglo de Luis XIV*, México 1953.

Diccionario filosófico, México 1967.

M. Weber, *El político y el científico*, Madrid 1972.

Le savant et le politique (para la "Introducción" de Raymond Aron), Paris 1959.
